



Rubén Darío

Salomón de la Selva

Rubén Darío frente al imperialismo sajón

PARTE FINAL...

Los estados Unidos son potentes y grandes.

Cuando ellos se estremecen hay un hondo temblor que pasa por las vértebras enormes de los Andes [1983: 49].

Y establecen su preponderancia en dos principios: la fuerza y la riqueza, simbolizada la primera en Alejandro Magno, Nemrod, rey de Caldea y Nabuconodosor, rey de Babilonia y gran conquistador, y la segunda en Mammón, dios de las riquezas de la mitología fenicia y a quien se cita en el texto: «Juntáis el culto de Hércules al culto de Mammón» [1983: 49].

Establecida esta postura un tanto utilitarista, es evidente que los EE.UU. no están en posición de comprender los deseos e inquietudes de América latina. Es por otro medio mediante el cual ésta ha de llegar a un diálogo, aunque Darío deja traslucir claramente su ironía: «Es con voz de

la Biblia o verso de Walt Whitman / que habría que llegar hasta ti, Cazador» [1983: 48]. A mi juicio, la referencia al cantor norteamericano de la democracia no implica censura para él, sino la idea abstracta de que la postura cerrada de los EE.UU. sólo admite que se le hable en su lenguaje. Además, algunos críticos consideran que la

mención de la Biblia ha de tomarse aquí como símbolo del protestantismo, religión opuesta al tradicional catolicismo de la América hispana. Pero aun reconociendo el poderío norteamericano Darío señala como errónea la concepción que esta nación tiene de la existencia; critica su falta de base cultural, su excesiva confianza en sus propias fuerzas y su exacerbado materialismo, como ya se ha

Al materialismo estadounidense, Darío opone el infatigable idealismo de la otra América, mediante una relación de gran belleza estética y no menos ideológica de lo que constituye el fundamento de dicha cultura. El primer aspecto que encontramos es el de la antigüedad de ésta y sus aspectos altamente científicos. Darío habla de la América «que consultó los astros» y que poseía una

cosmogonía elaborada y meticulosa desde tiempos remotos. Se refiere a ella como de la estirpe solar. «Es la hija del sol», nos dice, remontando su génesis a los tiempos protohistóricos, entroncándola en la mitología primigenia. Así, frente al modernismo bárbaro y moderno de los EE.UU. está la América que conoció la Atlántida y la cultura griega, que aprendió el alfabeto del dios Pan y tuvo expresión poética desde los tiempos del rey-filósofo Netzahualcoyotl. Es curioso de destacar que, ante la



Netzahualcoyotl

visto.

A continuación, vuelve a utilizar la paradoja para recalcar el hecho de que el país norteamericano tiene carcomido el pedestal de ideales igualitarios sobre el que se fundó: «... alumbrando el camino de la fácil conquista / la libertad levanta su antorcha en Nueva York» [1983: 49].

aparición de un nuevo enemigo, la rivalidad con España queda olvidada en este poema y así, inmediatamente después de un verso que habla de la América española, refiriéndose a la época del Imperio, trata de la América de Guatemoc, sucesor de Moctezuma y que murió torturado por los españoles. Nótese que estos aspectos

parecen haber trascendido por el paso del tiempo, intentando dar la impresión de que, a pesar de las vicisitudes históricas, el concepto de esa América es algo inmanente que existe como un a priori de su historia. Asimismo se nos intenta comunicar la idea esencial del vitalismo de la América latina, como advertencia a los deseos imperialistas. Dice Darío: «Tened cuidado. Vive la América española. / Hay mil cachorros sueltos del león español» [1983: 50]. El león simboliza aquí y en otros autores -como José Santos Chocano, a título de ejemplo— el Imperio de España, en primer lugar y, después las repúblicas de América latina.

Tras estos comentarios, Darío pronostica el fracaso de cualquier intento de esta índole. Únicamente que lo hace de una forma más mística que realista, elaborando una optimista referencia a una justicia adivina trascendente que no permitiría tal acto de agresión y sus consecuencias como un desarrollo previsto en el orden de las cosas. Mediante esta referencia Darío extrae de sus postulados un corolario significativo que va a resumir y conglomerar su actitud. En el enfrentamiento entre el materialismo estadounidense y el idealismo latinoamericano es el postrero el que, en último extremo, se halla en una situación privilegiada, debido a su contexto religioso, ya que la historia nos compara la permanencia de las inquietudes espirituales y el fracaso histórico de los deseos imperialistas. El poder de Roosevelt y lo que él representa, limitado en el tiempo y en el espacio, no es suficiente para vencer a este otro aspecto que Darío nos muestra claro. Y dice el verso:

Se necesitaría, Roosevelt, ser Dios mismo:

el Riflero terrible y el fuerte Cazador / para poder tenernos en vuestra férreas garras.

Y, pues contáis con todo, falta una cosa: Dios [1983: 50].

A partir de este momento, y en todas sus composiciones posteriores sobre el tema, Rubén Darío muestra el mismo optimismo espiritual. Esto puede notarse principalmente en El canto errante (1907), quizá el más americano de sus libros, en

donde su primitiva opinión pesimista de que los EE.UU acabarían por tragar a América latina aparece transformada en la esperanza de que los criollos crearán, junto con las otras razas y los inmigrantes, una Sudamérica universal. Esta positiva postura, opuesta al pesimismo de la otra intelectualidad coetánea en la península -la Ge-



José Santos Chocano

neración del 98-, hace una referencia especial a la Argentina, como puede verse en la Oda a Mitre (1908), dedicada al gran estadista argentino Bartolomé Mitre, que fue presidente de su país, y en el citado Canto a la Argentina, que es, en palabras del poeta, «un homenaje a la joven nación del Plata que, confiada en el porvenir, está surgiendo del crisol de las razas» [Grossmann 1972: 395].

Otros poemas, como la Letanía de nuestro Señor, Don Quijote y la Salutación del águila proclaman el mismo hispanoamericanismo, pero es la Salutación del optimista la que más claramente encierra esta visión positiva del futuro conseguida a través de la unión de las razas, a las que así saluda: «Ínclitas razas ubérrimas, sangre de Hispania fecunda, / espíritu fraterno, luminosas almas, ¡salve!» [1983: 31].

Y postula, como solución ideal, que la fusión ya existente de cultura y de lengua, se complemente con la unión de ansias y de espíritu, instando a sus coetáneos a que se adhieran a este principio redentor para la América latina:

Únanse, brillen, secúndense tantos rigores dispersos,

formen todos un sólo haz de energía ecuménica.

Latina estirpe verá la gran alba futura

y así sea, esperanza, la visión permanente en nosotros [1983: 33].